

Alvar Ezquerro, Alfred. *Un maestro en tiempos de Felipe II. Juan López de Hoyos y la enseñanza humanista en el siglo XVI*. Madrid: La Esfera de los Libros, 2014. 462 pgs. ISBN 9 788490 600535.

Reviewed by: Adrián Izquierdo  
Hunter College. The City University of New York



La idea ciceroniana de la Historia como maestra de la vida es lugar común del humanismo europeo, repetida una y otra vez por escritores, historiadores y moralistas. Pero son pocos, y Alfredo Alvar Ezquerro ha dado pruebas de ser uno de sus mejores practicantes, los que siguiendo tal precepto logran escribir la historia para la comprensión del presente y, por qué no, también para la superación y perfeccionamiento de la sociedad actual. Amparado por ese principio, y apoyándose en concluyentes pruebas documentales, el profesor Alvar Ezquerro imagina y reconstruye la vida de un humanista casi olvidado del siglo XVI, Juan López de Hoyos, conocido por haber sido el maestro del joven Miguel de Cervantes en el Estudio de la Villa de Madrid. Una lectura personal, cercana y que, más allá de la profundidad que encierra cada línea, trasciende la frontera de lo académico y busca llegar a un lector inteligente, interesado en la historia cultural y literaria de uno de los periodos más cruciales de España. Para ello se vale de un aparato crítico moderado, en forma de breves paréntesis, notas finales, tablas, enlaces a páginas web y atinadas puntualizaciones hasta cerrar con el árbol genealógico de la familia del biografiado y un evocador conjunto de imágenes de los “rastros visuales de López de Hoyos”.

La historia que nos cuenta Alvar Ezquerro es más que la biografía de un maestro del siglo XVI. Para los que hemos venido siguiendo sus obras —el nacimiento de Madrid como capital, la vida de Isabel la Católica, de su nieto Carlos V, de Felipe II o del duque de Lerma, la vida en la corte de Felipe II y III, el genio de Cervantes o los periplos de Juan Sebastián Elcano, entre otros tantos artículos y ediciones— el rescate de la vida de un humanista típico del XVI es todo un experimento que nos adentra en el universo de lo cotidiano, lo intelectual y lo político de la España renacentista. Sin ser un libro de ficción, mediante el entrelazamiento de hechos “verosímiles” y datos históricos rigurosamente documentados, combina ante nuestros ojos la vida imaginada y la “real” de Juan López de Hoyos, sin duda haciendo un guiño al autor del *Quijote*, de quien también se ha ocupado en sus investigaciones. El desenfadado estilo del libro

permite una interesante dialéctica que facilita los constantes saltos entre la España del XVI y la realidad académica del XXI. Compuesto de cuatro partes, la primera, “El horizonte cultural en el siglo XVI de un tal Juan López”, nos revela toda una sociedad en mutación en la que afloran muchos de los conflictos que aquejaban la República Literaria, la relación de los escritores áureos con las esferas del poder, las guerras de religión, la jerarquización de la sociedad, las influencias extranjeras y el lugar del humanista en la realidad social y política de su tiempo. Todo ese primer capítulo, al situarnos en medio de la gran revolución humanista del XVI, nos recuerda que entre el modelo ideal del que hablaban los hombres de letras y el real, entre el individuo y su entorno, se alzaba toda una serie de instituciones —familia, escuela, corte e iglesia— que regían el curso de su vida.

El segundo capítulo, “El niño que aprende: la historia ficticia de Juanillo López”, pretende rellenar los vacíos documentales de la vida de López de Hoyos narrando el recorrido vital y educativo de “Juanito”, un niño de origen humilde —padre herrero, madre analfabeta— nacido en algún momento en las primeras décadas del XVI. Un niño imaginado que demuestra cierto talento para las letras y que, ayudado por el párroco del pueblo, se encamina desde los ochos años por los vericuetos del *trivium* y el *quadrivium*, llega a la creciente ciudad universitaria de Alcalá de Henares e ingresa en uno de sus colegios. Así, en futuro de subjuntivo —“De aquel muchacho que hubiere estudiado se esperaba que supiera algo de latín y griego” (34)— nos cuenta Alvar Ezquerria la hipotética vida de ese niño que leyó a los clásicos y aprendió retórica, oratoria, prosa, poesía, elocuencia, etc. Tras una serie de exámenes y obligadas lecturas (Plutarco, Nebrija, Catón, Erasmo Virgilio, Quintiliano, Elio Donato, Lucano, Aristóteles, Tito Livio, Ovidio, San Isidoro, Hesíodo, Boccaccio, etc.), el joven Juan habría seguido estudios de derecho o teología hasta alcanzar, alrededor de los veinte años, el grado de doctor o maestro en artes. Ante este ficcional pero verosímil Juanito, pensamos en ese otro personaje, Lorenzo de Buenaventura, que imaginó Alvar Ezquerria en su libro *Un espíritu indómito contra la adversidad. Juan Sebastián Elcano*, para transmitirnos las aventuras del marino español. Más adelante entendemos que la ambientación de la historia de Juanito en Alcalá de Henares no es inopinada: el maestro, ya reconocido humanista, se deshace en halagos hacia la institución universitaria (265), aunque el historiador nos explique que no ha logrado dar con su rastro en los libros de matrículas. Todo este capítulo se alza sobre un riguroso conocimiento histórico del periodo, un agudo olfato de historiador y se apoya en fidedignos hallazgos de archivos y elocuentes textos como los *Diálogos sobre la educación* de Juan Luis Vives o fragmentos de Cervantes.

El tercer capítulo, “El mundo historiográfico del maestro Juan”, lo dedica Alvar Ezquerria a ubicar a López de Hoyos en el océano de la historiografía de su tiempo. Abre esta sección con el subtítulo de “Hacer la historia veraz, un paradigma del segundo humanismo”, recurrente *topos* de la epistemología del conocimiento histórico. La historiografía del XVI, sintetiza el profesor Alvar, puede dividirse en tres fases: la tradicional (que cubre el reinado de Carlos V), la de propuestas revolucionarias (desde 1555 hasta 1575 aproximadamente) y la de ejecución de esas propuestas, en la fase final del siglo (195). A partir de 1568, habiendo asumido el cargo de maestro del Estudio madrileño, López de Hoyos escribe textos históricos. La *Descripción de los pueblos de España* ordenada por Felipe II —mal llamadas *Relaciones Topográficas*, insiste nuestro historiador, ya que se proponían escribir una gran historia de España cimentada sobre la particular de cada región— se inserta en esta revolución historiográfica en la que tiene participación el maestro del Estudio de la Villa de Madrid. Como ya ha demostrado en trabajos anteriores, Juan López de Hoyos fue el autor de la contestación a las relaciones de Madrid. Tras

recoger la larga tradición epistemológica sobre la escritura de la historia en España, Alvar Ezquerro explica la revolución metodológica del último tercio del siglo XVI que hizo que muchos historiadores, valiéndose de nuevas fuentes, rompieran con el criterio de la *auctoritas* y produjeran otros resultados historiográficos. El humanista, sin embargo, no fue un gran historiador, y en las páginas de este capítulo el lector “podrá ver cómo se perdió López de Hoyos a la hora de escribir historia” (20). Termina esta sección con un estudio sobre las cualidades deseables en un “historiador ideal” apoyándose en conocidos textos de Páez de Castro, Fox Morcillo, Pedro de Navarra, López de Velasco y Cabrera de Córdoba.

Todo el horizonte humanista y el ambiente epistemológico sobre la historiografía expuesto en las más de doscientas páginas anteriores le da pie a Alvar Ezquerro para comenzar, en el capítulo cuarto, con “La verdadera historia de Juan López de Hoyos: clérigo, maestro e historiador”. Las bases intelectuales de su vida, que fueron “el humanismo cristiano vinculado a la docencia y la creación historiográfica” (265), vuelven a aflorar en su labor de presbítero. Nos transita por las etapas necesarias para llegar a ser clérigo en la España postridentina— como lo fueron muchos de los escritores auriseculares— recordándonos que la Universidad de Alcalá se fundó en respuesta a la pérdida de prestigio que podía acarrear una mala selección del clero (272). La vinculación de este docente, que ocupó el cargo desde 1568 hasta su muerte en 1583, con el Estudio de la Villa de Madrid se hace en el marco de una detallada historia de la institución administrativa (normativas, oposiciones, estipendios, contratos), las crisis y problemas que enfrentaba la enseñanza municipal bajo el reinado de Felipe II y la paulatina ruptura de todo un modelo educativo que irá dando paso por esos años a la triunfante presencia de los jesuitas en casi todos los dominios del saber.

Apoyado por la municipalidad y protegido por el cardenal Espinosa (presidente del Consejo de Castilla e Inquisidor general) López de Hoyos compone autos sacramentales, un encomio a don Juan de Austria a raíz de la batalla de Lepanto y un epicedio al cardenal Espinosa. Compuso también la *Relación de la muerte y honras fúnebres del serenísimo príncipe don Carlos*, la *Historia y relación verdadera de la enfermedad [...] de la Serenísima Reina de España doña Isabel de Valois* y el *Real aparato y suntuoso recibimiento de Madrid* a la nueva reina, Ana de Austria. Es autor, además, de unos versos compuestos en honor al nacimiento del príncipe Fernando que desbordan mitología clásica y clasicismo —hasta ahora desconocidos—, y que el profesor Alvar considera una de las piezas de más calidad del humanista (320).

La huella del maestro de gramática también se encuentra en otros escritos de circunstancia: las aprobaciones y censuras de libros que haría en los últimos diez años de su vida en calidad de comisario del Consejo Real. De esas páginas, muchas veces llenas de lugares comunes y frases hechas, logra extraer Alvar Ezquerro el sentir del maestro sobre la utilidad de la poesía, los méritos de los textos que censura, los autores que manejaba, su posición ante la lengua vernácula, las buenas costumbres del cortesano cristiano y los libros de caballería. Con los datos extraídos de los testamentos de la madre de López de Hoyos, las partidas bautismales que firmó desde 1580 como párroco de la población madrileña de San Andrés, los detalles sobre el testamento del propio López, sus últimas voluntades, el inventario y almoneda de sus bienes, llegamos al final de la vida de ese maestro que participó de las ideologías y políticas de su tiempo, y que, en resumidas cuentas, dejó una importante biblioteca, algunos escritos mediocres, centenares de niños formados en las letras y otros tantos bautizados. Además de aprender el valor material de maderos y vigas de pino y enebro, arcones, casas, imágenes religiosas, estanterías, tejas, gallinas, cubas, tinajas, terrenos, etc., el inventario de su notable biblioteca de más de 447 entradas es una de las secciones más sugerentes del libro. Llevado a cabo por un abúlico y

“desdichado escribiente”, —y la desesperación del frustrado investigador es contagiosa— hoy nos es imposible identificar los títulos de esta biblioteca, pero consta que en ella había obras de Cicerón, Tito Livio, Séneca, Aristóteles, Julio César, Ovidio, Salustio, Apuleyo, Catulo, Plauto, Terencio, Suetonio, Plinio, Horacio, Quintiliano, Valla, Nebrija, Palminero, Dioscórides, Galeno, Plinio, San Agustín, Virgilio, Mejías, Alciato, tratados de gramática griega, literatura hebrea, manuscritos varios y un libro de los milagros de Nuestra Señora de Monserrate.

La sombra de Erasmo, que ha estado planeando sobre el universo vital e intelectual del maestro desde las primeras páginas de este libro —“en esos ruidos y olores se crio Juan López de Hoyos, que fue erasmista” (73)—, se materializa en esta biblioteca. En ella conservaba “por lo menos seis volúmenes de Erasmo”, de los cuales solo podemos saber con certeza la existencia del *Enquiridión* debido a los pocos datos que recoge el escribano al consignar las entradas (369). Cuando en los primeros capítulos Alvar Ezquerria trata la formación de “Juanito” en Alcalá de Henares, describe el ambiente en que se reciben las obras de Erasmo y el revuelo que el humanista holandés había causado con esos libros llenos de enseñanzas en el que algunos veían “camufladas herejías”; imagina Alvar Ezquerria el transformador encuentro del niño con los textos didácticos de Erasmo y el efecto que tendrían las propuestas educativas del holandés en su *De ratione studii*, editado en Alcalá en 1525 y 1529, y en *De cómo los niños han de ser precozmente iniciados en la piedad y las buenas letras*, editado también ese último año, y que circuló por España por esa década. Tras atenta lectura de una carta de López de Hoyos dirigida al Ayuntamiento, incluida en los preliminares de la *Historia y relación verdadera de la enfermedad [...] de la Serenísima Reina de España doña Isabel de Valois*, Alvar Ezquerria recoge una curiosa cita del *Antibarbarorum* de Erasmo que hace López de Hoyos. Uno de los propósitos de la *Historia y relación* era buscar, en palabras del maestro, “entre tantas muertes y cosas llorosas, la vida y reformation de nuestras costumbres” (316). La cita, que se inserta precisamente antes una declaración sobre la necesidad de la enseñanza juvenil no procedía del *Antibarbarorum* (como ya había estudiado Américo Castro), que estaba prohibido, sino del *Modus Confitemdi*, por lo que es plausible pensar que el maestro alterara la fuente para borrar pistas. Este hecho no ha de ser subestimado, ya que, aunque la reputación de Erasmo fue menguando después de su muerte en 1536, y citar sus libros se fue haciendo cada vez más peligroso, su obra siguió ejerciendo atracción en algunos círculos intelectuales españoles que continuaron difundiendo sus ideas solapada o indirectamente. El valor testimonial de los volúmenes de Erasmo en la biblioteca del maestro —y el reciente descubrimiento de la única traducción al español que se conozca de su *Encomium Moriae*, realizada probablemente en el segundo tercio del siglo XVI<sup>1</sup>—, es indiscutible para replantearse el influjo y circulación del erasmismo en un momento en el que el cristianismo poco ortodoxo del humanista holandés servía para paliar las necesidades de un mundo desgarrado por conflictos religiosos y políticos. Parecen coincidir, por tanto, maestro y alumno, en el uso de una pluma prudente y disimuladora en tiempos de fuerte censura.

Sin embargo, el mundo intelectual por el que transitó López de Hoyos bajo el reinado de Felipe II y su labor como gramático del Estudio de la Villa van quedando atrás. Cervantes, décadas más tarde, ridiculiza la erudición del humanista envuelto en sus vacuas filosofías, y según Alvar Ezquerria, el modelo parodiado por Cervantes no es otro que el que encarnaba López de Hoyos. El viejo saber humanístico del maestro no podía servir al escritor del *Quijote*, cuya epistemología del conocimiento lo empujaba a buscar las causas segundas de los fenómenos sin

---

<sup>1</sup> *Moria de Erasmo Roterodamo. A Critical Edition of the Early Modern Spanish Translation of Erasmus's Encomium Moriae*. Edited by Jorge Ledo and Harm den Boer. Notes by Jorge Ledo, Leiden/Boston, Brill, 2014.

reducir los efectos a la providencia divina. Cervantes, además, no le regala ni un recuerdo a su preceptor en el “Canto de Calíope” ni en el *Viaje del Parnaso*; en el *Coloquio de los perros*, en vez de exaltar al maestro de gramática de un estudio urbano, alaba a los jesuitas. También guarda silencio en el “donoso escrutinio” del *Quijote* (donde menciona *La Galatea*), sobre sus primeros versos, que fueron publicados por López de Hoyos en la *Historia y relación verdadera de la enfermedad [...] de la Serenísima Reina de España doña Isabel de Valois*, donde lo llama “caro y amado discípulo”.

El constante ir y venir entre el mundo intelectual e institucional de López de Hoyos y el nuestro nos obliga a reflexionar acerca de cómo la sociedad vuelve a repetir errores y a desentender el magisterio ciceroniano de la Historia. No hay puntada sin hilo en las más de cuatrocientas páginas en las que alzando, como en el XVI, las “terribles armas” de la filología y la creación (25), arremete en contra de una enseñanza pública actual encorsetada por directivas ministeriales y anémicas modas. El libro del profesor Alvar Ezquerro, es, en suma, una respuesta a las incesantes preguntas que se hacían los historiadores modernos, y de plena vigencia hoy día: “¿Qué es historiar?, ¿cómo hacerlo?, ¿hasta dónde es un acontecimiento digno de ser historiado?, ¿qué personas pueden entrar en las brillantes páginas de la historia?” (34). Como en la obra de Cervantes, cuando la historia parece escasa, no apta o insuficiente, la imaginación, sustentada por el rigor historicista que caracteriza las investigaciones de Alfredo Alvar Ezquerro, pasa a asumir el relevo. Tomemos este ameno experimento como un merecido homenaje a la filosofía del gran autor del *Quijote*.